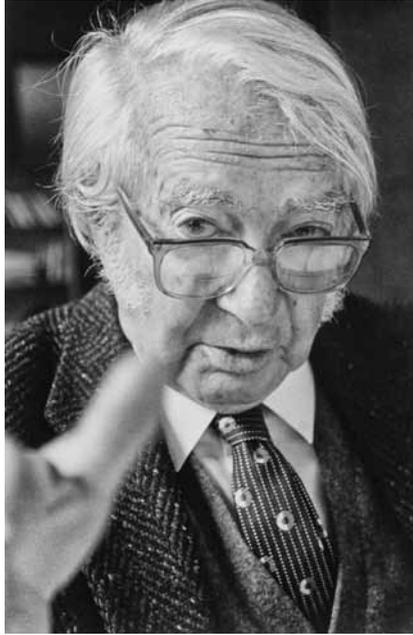


In memoriam: Jaime Jaramillo Uribe



Fotografía por Miguel Salazar. Archivo personal de Rosario Jaramillo.
Agradecemos especialmente a la familia por esta invaluable pieza de memoria.

EN LA MAÑANA del 25 de octubre del 2015 falleció, en la ciudad de Bogotá, a sus 98 años de edad, el maestro Jaime Jaramillo Uribe, fundador del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* —ACHSC—. En su memoria y en la de su legado, tanto el Departamento de Historia como el *Anuario*, conmemoran su gran aporte a la historia, en el país.

La virtud de “referir historias” era uno de los atributos con los que, su padre, Teodoro Jaramillo describía a su hijo, tal como lo consignó en una carta, en 1926, rescatada por Bernardo Tovar. Jaime Jaramillo había nacido 9 años antes, en Abejorral, Antioquia (1917); era el menor de la familia y, en Europa, la Primera Guerra Mundial —PGM— ni siquiera había culminado. Su madre, Genoveva Uribe, con seguridad, también reconoció las tempranas luces de Jaime, pero pareciera que no lo dejó por escrito: en todo caso, dicha apreciación empezó a consolidarse cuando ingresó a estudiar en la Escuela Normal Superior y se licenció en Ciencias Sociales y Económicas,

en 1941. Durante su formación entró en contacto con profesores extranjeros, quienes huían de la persecución, durante la Segunda Guerra Mundial —SGM—. Jaramillo todavía no “refería historias”; se concentraba en escuchar y aprender de Paul Rivet, Justus Schottellius, Rudolf Hommes y Gerhard Massur.

[24]

Sus profesores, seguramente influyeron en la conceptualización sobre la cultura que desarrollaría Jaramillo, *ex negativo* o *ex positivo*, porque estuvo más cerca de la historia que de la etnología. Recordemos que Rivet y Schottellius eran etnólogos, y Massur discípulo de Friedrich Meinecke, conocido por fomentar la historia de las ideas en Alemania. En tal sentido, Jaramillo proponía reconstruir la cultura desde la *Ideengeschichte*, aunque, más tarde, a finales de los años 80, empezaría a incluir la cultura popular.

Posteriormente se desempeñó como profesor de la Escuela Normal Superior, dictando clases y, para sorpresa de muchos, no en historia, sino en sociología, entendida como historia de las ideas. Gracias a una beca y al apoyo de José Francisco Socarrás, en 1946, prosiguió sus estudios en La Sorbona, específicamente en la Escuela de Ciencias Políticas, sorprendentemente, solo un año después de finalizar la guerra. Según sus recuentos, en diálogo con Bernardo Tovar “en algunas regiones todavía había humo [...] sin embargo, la vida intelectual y artística comenzaba a renacer”. Como estudiante entró en contacto intelectual con Ernest Labrousse, Edmond Vermeil y Georges Gurvitch; leyó a Henri Pirenne, Marc Bloch, Emile Durkheim y a Max Weber. Días antes del Bogotazo, ese histórico 9 de abril de 1948, regresó a Colombia y en razón del ambiente político del país no fue contratado en la Normal Superior. Según sus palabras, quedaba “con la ropa en una maleta y sin trabajo”. Buscó empleo por fuera de la academia y, simultáneamente, adelantó estudios de Derecho en la Universidad Libre, donde obtuvo el título de abogado, en 1951. Al año siguiente, comenzó su labor en la Universidad Nacional de Colombia, en la Facultad de Filosofía, dirigida, en ese momento, por el filósofo Cayetano Betancour. Más adelante fue convidado por la Universidad de Hamburgo como profesor visitante y regresó al país, en 1955, para asumir la cátedra de Historia Moderna e Historia de Colombia.

Toda esta experiencia marcó el trasfondo desde el que entabló puentes con múltiples disciplinas: la sociología, el derecho, la filosofía y la historia; y en medio de esta motivó el diálogo con algunos aspectos de la tradición de los *Annales*, la historia de las ideas, la historia social y la historia cultural alemana. Todo lo anterior, unido a sus lecturas previas de Marx y Engels. Por supuesto, Jaramillo no estaba solo; como él mismo señalaba, en los años cuarenta se hacían contribuciones al pensamiento histórico como las de

Juan Friede, Luis Ospina Vásquez, Luis Eduardo Nieto Arteta, Guillermo Hernández e Indalecio Liévano Aguirre.

Por ese entonces, la Universidad Nacional de Colombia sufría considerables cambios. Como reacción al conservadurismo de los años cuarenta e inicios de los años cincuenta, se impulsó la necesidad de generar reflexiones críticas con base en el estudio del pasado, tendencia interpretada por algunos como una “amenaza intelectual”. Pero la historia no debía continuar haciéndole eco a los intereses del poder, ni recaer en venias a las ideologías. La historia debía renovarse, con seguridad, no desde la oficialidad, como lo dictaminó el Decreto 2328 del 15 de julio de 1948, según el cual se insistía en el estudio de la historia patria, el culto a los héroes y la veneración a los símbolos de la nacionalidad, como fuentes supremas de la cohesión nacional, tal como lo recuerda Miguel Aguilera y, tiempo después, Renán Silva. No, esto no era lo que se entendía por profesionalización de la historia; la ruta incentivada por Jaramillo era diferente. Era la historia con método, con rigor de fuentes y con conocimientos en otras disciplinas como fundamentos del pensamiento crítico, evitando dogmatismos conceptuales y reduccionismos teóricos de carácter partidista. Incluso, unos años después, Jaramillo describiría al historiador como científico y también como artesano, cercano al arte.

[25]

Después de todo este recorrido, Jaramillo creó, en 1962, la Sección de Historia de Colombia y de América en la Facultad de Filosofía y Letras, que, en 1965, se trasformaría en el Departamento de Historia. Con el sello de Jaramillo empezaría a publicarse, desde 1963, el *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. La idea era probablemente abrir un espacio de divulgación a las investigaciones históricas, iniciativa que tuvo por efecto una diferenciación en dos frentes: primero con el *Boletín de Historia y Antigüedades* de la Academia de Historia (1902), segundo con el mismo Instituto de Filosofía, que había apadrinado algunas publicaciones históricas. Se trataba de la revista *Ideas* (actual *Ideas y Valores*), en la cual, Jaramillo ya había publicado algunos avances de investigación, que me permito abreviar, como “La Ética y José Eusebio Caro” (1954), “Problemas de la filosofía en Colombia” (1954) y “Bentham y los utilitaristas” (1962). Esta serie de artículos anunciaba su famoso libro *El pensamiento colombiano del siglo XIX* que se publicó solo hasta 1964 y su trabajo titulado *Entre la historia y la filosofía*, de 1968.

Con la fundación del *Anuario*, la historia de las ideas se complementaría con importantes trabajos en torno a la historia social y, más adelante, también con historia económica, demográfica, política e historia de la cultura. Faltaría algún tiempo para que la revista se abriera a otros temas como la historia de la ciencia, del género, del cuerpo y la historia ambiental, solo

por dar algunos ejemplos. No obstante, era indudable que la experiencia de Jaramillo en la Normal, en La Sorbona y en la Universidad de Hamburgo redundaba positivamente en esas aperturas temáticas. En ese sentido, el *Anuario* fue decisivo, así como su futura coordinación científica del *Manual de Historia* (1978-80) y su participación en la *Nueva Historia de Colombia*, editada por Álvaro Tirado Mejía, con la asistencia de Jesús Antonio Bejarano y de Jorge Orlando Melo.

[26]

Junto con Jorge Melo, discípulo y secretario de redacción del *Anuario*, trabajó en la edición de cuatro números, desde 1963 hasta 1969. El maestro publicó los resultados de sus primeras investigaciones realizadas en el Archivo Nacional (actual Archivo General de la Nación —AGN—), versados en la esclavitud, el mestizaje y la población indígena en la Colonia. En el primer número (1963) apareció su investigación “Esclavos y señores en la sociedad colombiana del siglo XVIII”. Vale la pena recordar que en este número también participaron el historiador sueco Magnus Mörner y el español Demetrio Ramos, con temas sobre grupos indígenas y la legislación segregacionista, y la Institución del Cronista de Indias, respectivamente. En el segundo número (1964) salió a la luz la investigación “La población indígena de Colombia en el momento de la Conquista y sus transformaciones”. En el tercer número (1965) circuló su famoso aporte sobre “Mestizaje y diferenciación social en la segunda mitad del siglo XVIII”. Y, por último, en el cuarto (1969) se editó “La controversia jurídica y filosófica librada en la Nueva Granada en torno a la liberación de los esclavos y la importancia económico-social de la esclavitud en el siglo XIX”.

Los cuatro artículos resaltaban la importancia de visibilizar los grupos marginados de la sociedad. Llama la atención que mientras Meinecke había practicado una historia de las ideas, no libre de prejuicios antisemitas y racistas, Jaramillo, a la hora de hacer historia social, le daba protagonismo a los sujetos marginados de la sociedad. Por otra parte, implícitamente, cuestionaba la categoría de clase, al dejar de ser central el enfoque hacia el pasado. Esta sería complementada por ejes como raza y mestizaje, algo refrescante para la época; incluso novedoso, pues ayudaba a entender los sistemas de segregación colonial. Por supuesto, debemos decir que la categoría “raza” se entendía, entonces, como una realidad biológica, algo que hoy muy pocos compartirían; con todo, sus aportes ayudaron a pensar la historia de Colombia desde otras perspectivas y a darle voz a los sujetos subyugados de la Colonia.

Lo llamativo de todo esto era que se trataba de una historia sin héroes o, incluso, de una historia que rechazaba el exceso empírico sin ideas. Jaramillo incentivó la historia desde lo social y desde las ideas, en una mezcla singular para la época, al distanciarse de una historiografía ideologizada en términos políticos. A todo lo cual habría que sumarle sus casi olvidadas reflexiones sobre micro-sociología (1948), sus impulsos para la historia local con su libro coeditado *Historia de Pereira* (1962) y sus contribuciones a la *Historia de la pedagogía* (1970).

Lo importante, tal vez, no fue la perspectiva, sino haberle apostado a la diversidad, y en ese sentido, el ACHSC fue una plataforma que marcó la diferencia con relación a la historiografía nacional. Así el *Anuario* nació como una posibilidad diferente de hacer historia en un país, si se quiere, periférico, donde aún así se le apostaba a la investigación histórica. Los esfuerzos por entablar diálogos con Europa eran evidentes, hecho que se refleja en la participación de historiadores del extranjero y en la fuerte política de canjes internacionales. A manera de anécdota, vale la pena recordar que al Director de la revista se le hizo un llamado de atención por parte del Decano, más preocupado por los excesivos gastos que por la internacionalización, mediante canjes, de la revista. Así lo pudo escrudiñar Silva, para los 40 años de existencia del *Anuario*.

Con motivo de su pensión, Jaramillo se desvinculó de la Universidad Nacional de Colombia en 1970, y pasó a la Universidad de los Andes. La dirección del *Anuario* la acogió uno de sus discípulos, Hermes Tovar (1971-1972), quien propiciaba acercamientos demográficos y económicos. Fueron varios los discípulos de Jaramillo, que heredaron las riendas de la revista, con dos excepciones importantes: Germán Colmenares y Jorge Palacios. Una segunda generación lideró las peripecias de la revista, para legarla después a manos de una tercera generación, que solo conoció a Jaramillo a través de sus libros. La secuencia amerita una remembranza: Jesús Antonio Bejarano (1976), Margarita González (1979), Bernardo Tovar (1980-1987), Carlos Miguel Ortiz (1988-1989), Oscar Rodríguez (1990-1991), Mauricio Archila Neira (1992-1993), Pablo Rodríguez (1995-1997), Diana Obregón (1998-1999), Medófilo Medina (2000-2001), Pablo Rodríguez (2002-2004), Mario Aguilera (2005-2007), Mauricio Archila Neira (2008-2014) y, actualmente, quien suscribe este obituario.

Jaime Jaramillo Uribe creó dos espacios decisivos para la historiografía de Colombia: un Departamento para la formación de historiadores y el

Anuario para la divulgación de sus investigaciones. Se trataba de dos ejes centrales, condicionados mutuamente, para cualquier desempeño académico-investigativo. Es difícil reseñar la totalidad de la obra del ilustre autor, pero vendrían más aportes, más ensayos y más libros que hacen parte de su prolífica actividad académica, entre los que cabe destacar su última publicación, *Memorias intelectuales* (2007).

[28]

En suma, la obra de Jaramillo Uribe es un aporte invaluable a la sociedad colombiana. Todo le ha sido reconocido en vida: portadas de revista, varios homenajes, Premio Nacional de Historia, Premio Planeta, Doctor Honoris Causa de la Universidad Nacional de Colombia y de la Universidad de los Andes y la Cruz de Boyacá. Es necesario resaltar lo que posiblemente todos esos reconocimientos no puntualizan: la memoria —reconstruible a partir de la historia—, ejercicio que permite repensar la sociedad y aprender de los errores del pasado.

En Colombia y en otros países, la memoria se ha parcializado; en algunos casos, silenciado y, no pocas veces, instrumentalizado. En una sociedad que olvida, ese olvido consciente es lo que se transforma en el contrapeso del oficio de *Clío*. Y en esta medida, Jaramillo ayudó a propiciar la conciencia histórica de un país en estado de negación. Es difícil valorarlo con palabras, porque cuando hoy el ejercicio de la memoria se convierte en una clave para una posible reconciliación, se puede decir que se ha logrado algo trascendente. Jaramillo vio el humo de la posguerra europea y lamentablemente no pudo vivir en una Colombia en paz. Pero nos legó, junto al trabajo de muchos otros historiadores y otras historiadoras, el hacer hablar al silencio, el olvido, repensando la nación y ofreciendo ideas para una sociedad plural y así construir, en el ideal de los casos, un país más tolerante.

Jaime Jaramillo Uribe fue un pionero, un alquimista de las ideas, y a ello le debemos no solo las gracias, sino la práctica de hacer memoria. A pesar de su muerte, su creatividad vive directa- o indirectamente en muchos viejos y jóvenes historiadores, algo que le decía recientemente a Rosario, su hija. Desde ese indescifrable más allá, el maestro Jaramillo y su obra siguen impulsando toda clase de proyectos para la reflexión histórica, en un país que necesita de su pasado para repensarse día a día.

MAX S. HERING TORRES

DIRECTOR Y EDITOR

Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura